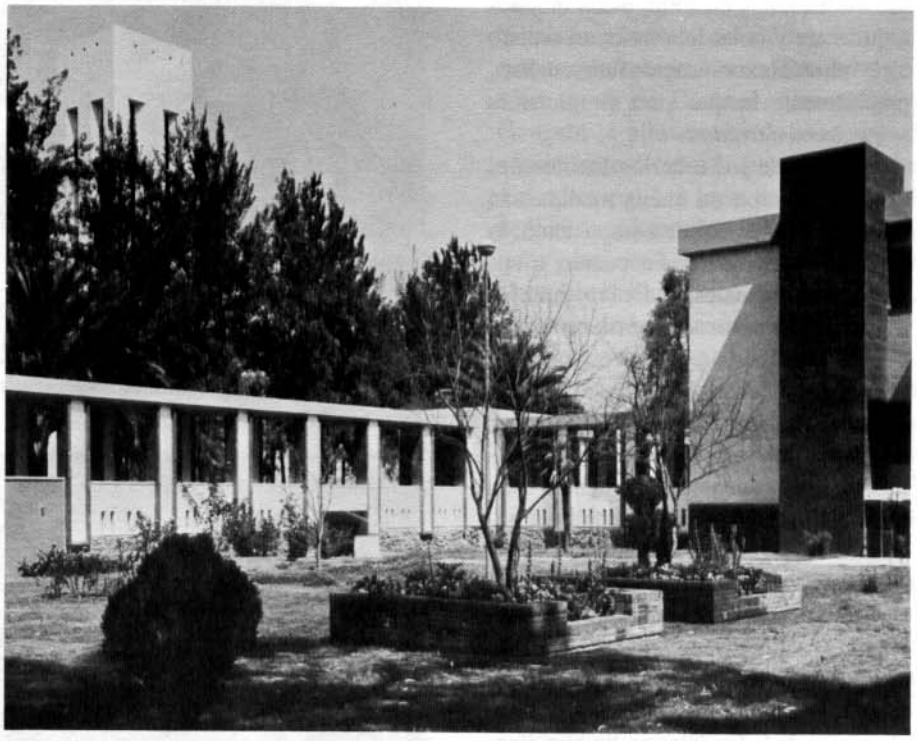
La primera modernidad arquitectónica en México 1925-1950

Los casos de las ciudades de México, Culiacán y Mazatlán

Alejandro Ochoa Vega*

A partir de una serie de reflexiones teóricas vertidas en encuentros académicos y publicaciones diversas realizadas en la ciudad de México en los últimos meses, se ha llegado a establecer y enmarcar lo que se ha definido como la *primera modernidad arquitectónica*, de nuestros países latinoamericanos e incluso de algunos casos europeos.[1] El límite temporal establecido –en particular por François Tomas para el caso de la ciudad de México– es de 1920 a 1949, englobando de esta manera desde el neocolonial posrevolucionario y el *Art Decó*, hasta el racionalismo, funcionalismo radical e incluso el colonial californiano. Sin embargo, más allá de preocupaciones estilísticas que pudieran definir este período histórico, lo que más me interesa en esta ocasión es reflexionar sobre las formas arquitectónicas –en un sentido tipológico– y su relación con la ciudad, porque asumo de entrada que la diferencia entre la *primera modernidad* y la *segunda* es precisamente, y sobre todo, su actitud respecto al hecho urbano.

La periodización 1920-1949 para la primera etapa de la modernidad, la establecería más bien desde 1925 en la ciudad de México –tomando como referencia la Granja Sanitaria de Popotla de José Villagrán– y años treinta y cuarenta, hasta 1950, para el resto del país. Esto es porque fuera del D.F., por lo general, los eclecticismos de origen decimonónico se prolongaron hasta principios de los años treinta, como veremos en particular los casos de las ciudades de Culiacán y Mazatlán.



José Villagrán García. Hospital de Huipulco. 1929.

Formas arquitectónicas y ciudad. Ciudad de México

Si hay algo que distinguir en la arquitectura de la ciudad de México de las décadas veinte, treinta y cuarenta es su inserción urbana discreta y respetuosa. Basta recorrer algunas calles como Amsterdam en la colonia Hipódromo Condesa y muchas otras de la Cuauhtémoc, la Narvarte, la del Valle, la Nápoles, la Anzures o Polanco, para verificar que las edificaciones realizadas en ese período conservaban una escala urbana uniforme e integral. Desde un *Art Decó* aplicado a casas unifamiliares o de conjunto –varios ejemplos realizados por Francisco Serrano, Juan Segura o Ernesto y José Buenrostro–, hasta un racionalismo en edificios de departamentos con volumetrías dinámicas, juego de texturas y donde las primeras obras de Mario Pani resultan entre las más representativas. Es la arquitectura de un ensanche urbano no planificado, pero que sin embargo, por el consenso de la modernidad ansiada, definió y construyó una imagen de ciudad, que aún ahora es posible reconocer.

Resulta común la apreciación de la modernidad, en oposición a la tradición. En el caso del período que ahora nos ocupa, tal dicotomía se disuelve por las características mismas de las obras construidas. Vale decir que los arquitectos protagonistas de este tiempo, todos, se formaron todavía con el criterio académico de composición. Así, aunque a Mario Pani fue a quien más se le acusó de evidenciar esta referencia en su obra, tanto José Villagrán, como Enrique Yáñez plasmaron partidos arquitecónicos de innegable definición "Beaux Arts", sino basta ver sus proyectos para el Hospital de Huipulco, 1929, en el caso de Villagrán o el Centro Escolar de San Cosme, 1944-46, de Yáñez. Con todo, estos mismos arquitectos y otros fueron incorporando cada vez más la zonificación funcionalista, precisamente la que va a propiciar la *segunda modernidad*.

Además de los criterios funcionales que prolongaron en buena medida una tradición académica de composición, la *primera modernidad*, en cuanto a sus propuestas formales, mantuvo también ciertos elementos decorativos como fueron la importancia de volúmenes y accesos, mediante remetimientos, marquesinas, marcos, escalinatas, etc., así como un equilibrio en la proporción vano-macizo –por lo general 50% y 50%–. Un buen ejemplo es el edificio de departamentos del ingeniero-arquitecto Francisco Serrano en Av. Insurgentes y Chilpancingo. Dicho proyecto realizado en 1939, con ese juego de balcones, esquinas en curva, pérgolas y vanos circulares, refleja la intención de propiciar con el recurso de la luz y la sombra, un dinamismo muy acusado y una postura de fachada urbana, frente a donde se encontraba la glorieta de Chilpancingo. Del mismo Serrano, su famoso interior del edificio Basurto, con aquellas sensuales líneas en perspectiva, no deja dudas respecto a una modernidad que estaba lejos de cualquier rigidez del espacio y la forma.

Ahora, acerca de la relación arquitectura-ciudad mencionada al principio, cabe distinguir dos niveles: el primero, la inserción en los contextos construidos ya consolidados –como pueden ser los centros históricos–, y el segundo, en cuanto a la edificación de barrios o colonias nuevas en este lapso de 1925 a 1950. Dos

Francisco J. Serrano. Edificio de departamentos, 1939. Esquina de avenida Insurgentes y Chilpancingo.

Carlos Obregón Santacilia. Banco de México. 1925.

Francisco J. Serrano. Edificio Basurto, 1942. Avenida México, colonia Hipódromo Condesa. Interior.

Carlos Obregón Santacilia. Edificio Guardiola. 1938.

situaciones muy distintas, en que esta *primera modernidad* marcó una presencia en la ciudad.

Un ejemplo para ilustrar el primer nivel es el edificio Guardiola construido para el Banco de México en 1938 por el arquitecto Carlos Obregón Santacilia. Obra que se realiza como anexo del edificio ecléctico preexistente, ubicado en el lado norte de la calle 5 de mayo. La solución del arquitecto Obregón fue respetar la altura de la edificación original, así como las proporciones volumétricas y ritmo de los vanos. Estilísticamente no hay ninguna relación entre lo viejo y lo nuevo, sin embargo la tipología formal implicó un diálogo fluido entre vecinos próximos. A su vez, en el mismo centro se pueden encontrar múltiples casos, construidos entre las décadas veinte y cuarenta, en predios de colindancia inmediata, y donde la arquitectura está inmersa en lo compacto y denso de la ciudad antigua. En suma, una inserción que no es de ruptura, sino de integración.

El segundo nivel se define por la arquitectura constructora de lugar y ciudad. La expansión física de la urbe, que empieza a darse precisamente en estas décadas, implicó en los sectores medios y altos –algunas de las colonias ya mencionadas– la implantación de un nuevo orden estético y tipológico. Por un lado, los lenguajes del *Art Decó*, el racionalismo y en menor medida, el colonial californiano fueron dominantes en la arquitectura de los nuevos sectores de la ciudad. A su vez, la morfología urbana y tipología arquitectónica planteó variantes respecto al tejido tradicional. En lugar de los paramentos alineados al margen de la calle, las construcciones comienzan a remeterse e incluso, en la medida del terreno, a quedar aisladas. Esta característica, a pesar de que ya desde el porfiriato fue recurrente –por ejemplo en las colonias Juárez y Roma–, para la modernidad se amplía y se constituye en norma, primero en casas habitación y después en edificios para oficinas o comercio.

Fueron también los intereses inmobiliarios los que propiciaron una unidad en esta relación arquitectura-ciudad, puesto que las inversiones para casas en serie, para venderse o rentarse fueron cada vez mayores en este período. De esta manera, tramos enteros de calles y zonas urbanas,

con tipologías y estilos arquitectónicos homogéneos, empezaron a construir la imagen moderna alternativa, de la metrópoli en crecimiento.

Culiacán y Mazatlán

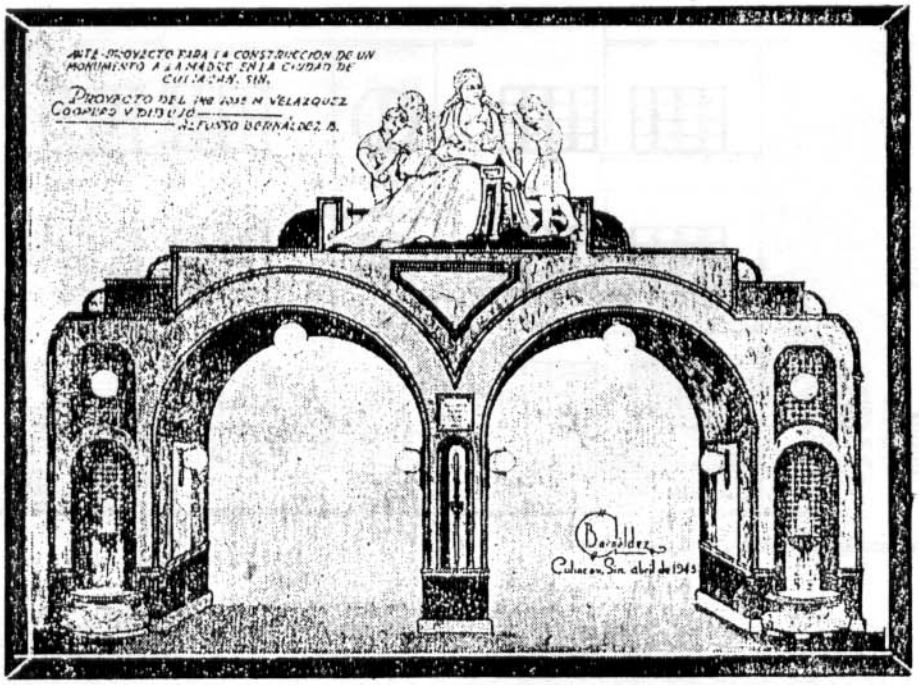
Las ciudades del noroeste mexicano son en su mayoría de origen reciente, sobre todo en su consolidación urbana. Las hay de fundación en el período colonial –como Culiacán en 1531–, sin embargo, su arquitectura más antigua que aún se conserva, ya es del siglo XIX. Mazatlán y Culiacán empezaron a despuntar como asentamientos de importancia urbana hacia la década de los cuarenta del siglo pasado, en el porfiriato se consolidan aún más y para la presente centuria se convierten en las dos principales ciudades del estado de Sinaloa. Veámoslas en lo particular.

Se podría decir que las condiciones morfológicas y tipológicas de ambas ciudades al recibir las primeras intervenciones del racionalismo arquitectónico, eran muy similares. Tenían su trazo urbano de origen colonial, con un esquema ortogonal flexible, –por las determinantes naturales del mar en Mazatlán y el río en Culiacán– que definían cuadrículas menos rígidas, y dejaba los monumentos religiosos –catedrales– y plazas centrales, en lo más alto. A su vez, al integrarse un academicismo arquitectónico a estas retículas, los paisajes de ambas ciudades eran sumamente homogéneos, resaltando sólo ciertas grandilocuencias porfirianas, como algunas quintas, mercados, iglesias, etcétera.

Sin embargo, va a ser por las características de implantación de esta *primera modernidad*, por lo que dichas ciudades se diferencien. Culiacán por un lado, al ser la capital del estado y centro de uno de los distritos agrícolas más productivos de la región, sobre todo desde la construcción de las presas en la década de los cuarenta, va a crecer a un ritmo acelerado. Por su parte Mazatlán, después de un auge económico durante el siglo XIX mediante la comercializacion de múltiples productos llegados al puerto, que realizaron fundamentalmente residentes extranjeros, vivió un estancamiento que empezó a levantarse también en la década de los cuarenta por el desarrollo de la pesca, la industria, el comercio y más adelante el turismo. Mas, en esta ciudad

Guillermo Freeman. Casa Delia León. Mazatlán, Sin, años treinta. Foto: Alejandro Ochoa.

Constantino Haza. Casino Culiacán, 1943. Foto: Alejandro Ochoa.

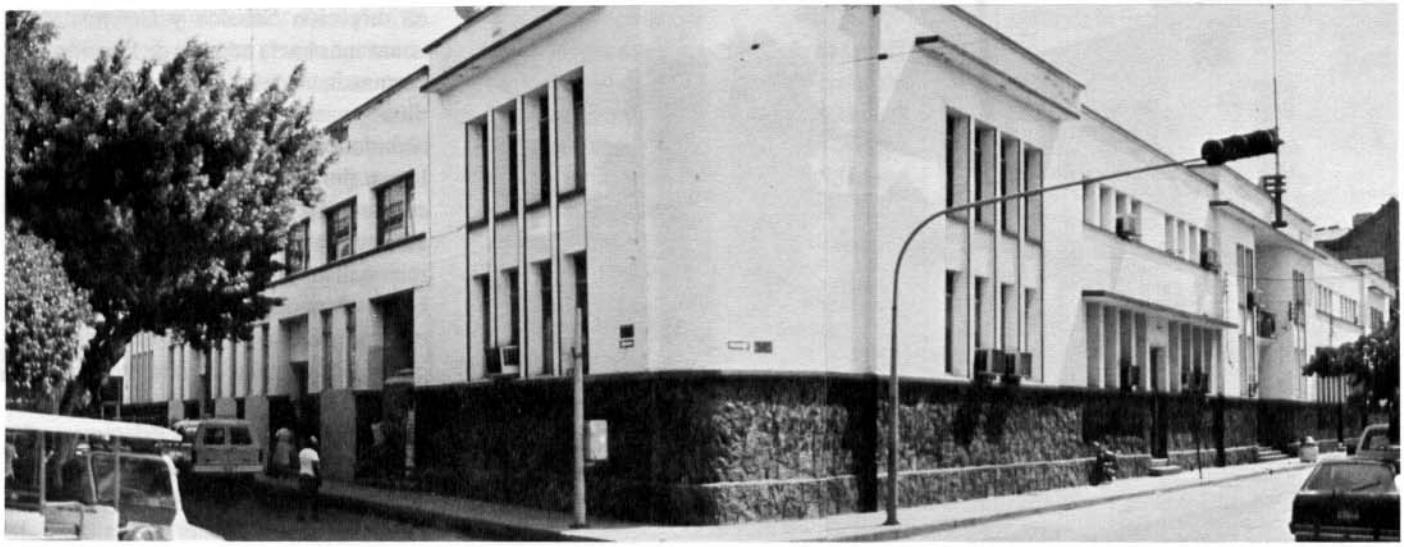


Monumento a la Madre, proyecto no construido, aparecido en un periódico local. En él se muestra la entrada de la modernidad en Culiacán, Sin. 1943.

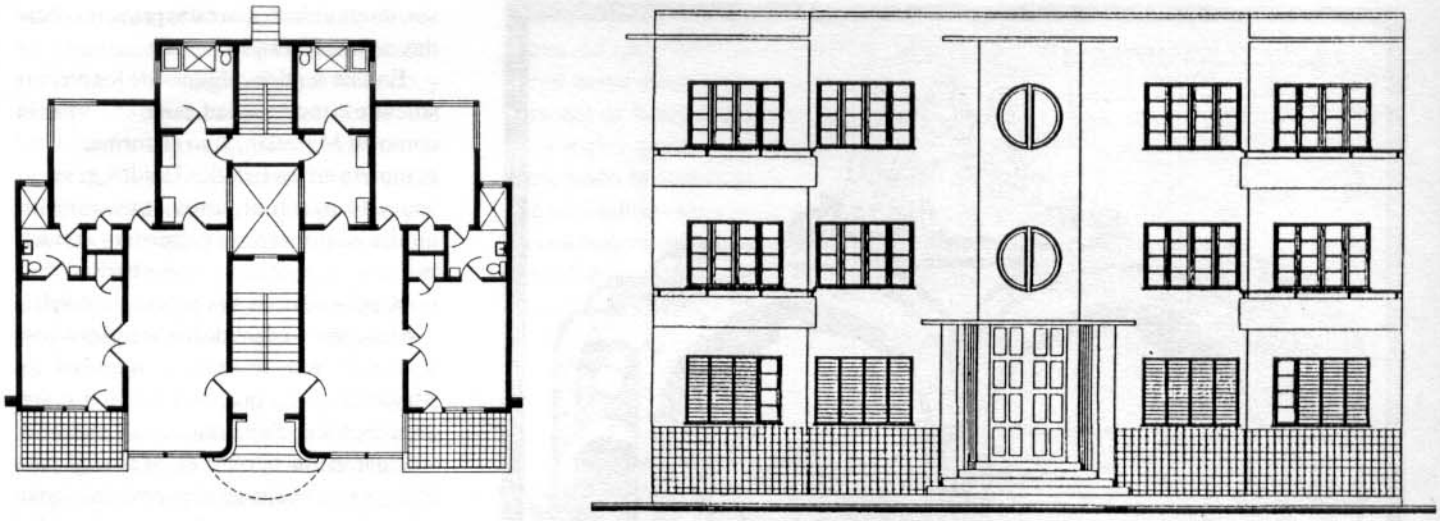
portuaria el crecimiento poblacional sería menos intenso que el de Culiacán, y también los efectos negativos de la citada implantación de la modernidad, sobre todo los de su segunda etapa iniciada en los años cincuenta.

Fue hasta 1944, al crearse la escuela de arquitectura del Instituto Tecnológico de Estudios Superiores de Monterrey, cuando la formación del arquitecto pudo realizarse fuera de la ciudad de México. Poco después se fundarían las escuelas de Guadalajara, Puebla y otras. Por lo tanto, antes de estos años, lo construido en los estados de la república se debió a ingenieros, a arquitectos llegados de la capital –como sucedió con Luis F. Molina en Culiacán durante el porfiriato–, así como a constructores hechos en la práctica, al no haber quien enfrentara tales demandas. Sin embargo, también se dio el contacto inevitable, por razones de comercio y comunicaciones, entre los estados cercanos, y no tanto, a la frontera norte del país –como Sinaloa– que propiciaron influencias, sobre todo del norte hacia el sur, muy evidentes en estas primeras décadas de nuestro siglo.

En este sentido, algunos de los precursores de la modernidad, tanto en Culiacán como en Mazatlán, sino se formaron por completo en los Estados Unidos, sí viajaron y tomaron algunos cursos en los cuales adquirieron experiencia y conocimientos de técnicas y vanguardias, después aplicadas en sus propias ciudades. Así fueron los casos de los hermanos José y Guillermo Freeman, nacidos en Mazatlán, pero que se formaron como arquitectos en San Francisco, California, trabajaron un tiempo en Hawai y para 1931, ya de vuelta en el puerto, iniciarían los primeros gestos de la modernidad local al introducir el *Art Decó*. Constantino Haza es otro ejemplo, él había estudiado un curso de estructuras de concreto en Chula Vista, California, y efectivamente tanto en Mazatlán en los años treinta, como en Culiacán a partir de la siguiente década, se distinguiría por aplicar esta nueva tecnología en la región. Por último, un caso muy significativo fue el de Francisco Artigas, quien habiendo realizado estudios de ingeniería civil en la ciudad de México, después pasó dos años estudiando arquitectura en los Estados Unidos, de ahí se trasladó a la ciudad de Culiacán, donde se quedó por seis años (1942-1948). La labor de Artigas, junto con sus socios Fernando Best y Germán Benítez fue definitiva para la introducción del racionalismo en la capital de Sinaloa.



Ernesto Velasco. Palacio Federal. Mazatlán, Sin. 1942. Foto: Alejandro Ochoa.



Guillermo Freeman. Planta baja y alzado, edificio de departamentos. Mazatlán, Sin. Años treinta.

Además de estos protagonistas de la *primera modernidad* de las ciudades de Culiacán y Mazatlán, hubo extranjeros que llegaron a trabajar a Mazatlán como Albert Smitch o del Distrito Federal a Culiacán, como Juan Segura y Jaime Sevilla, entre otros. De esta manera, la gran mayoría de los autores de la implantación de la modernidad arquitectónica, tanto de Culiacán como de Mazatlán, no nacieron en la región y su formación como constructores fue adquirida tanto en los Estados Unidos como en la ciudad de México –fundamentalmente en el Instituto Politécnico Nacional–.

Ahora, retomando el esquema inicial de los dos niveles de implantación de la modernidad, uno sobre los contextos ya consolidados, y el otro en los de expansión urbana, Culiacán y Mazatlán que experimentaron sobre todo el primer nivel, puesto que el crecimiento físico de ambas ciudades no se dio sino hasta la segunda fase de esa misma modernidad. Sin embargo, en la capital del estado al crearse el Paseo Niños Héroes o Malecón a la orilla del río Tamazula, que estuvo listo en su primera etapa en 1939, también se creó un borde urbano, adquirido finalmente por la alta burguesía para sus residencias, y donde la propuesta del racionalismo arquitectónico hizo su aparición como conjunto. Por su parte Mazatlán, salvo en algunos tramos de la zona noreste, la nueva arquitectura fue emplazándose en pleno corazón de la ciudad, y que incluía el Paseo Olas Altas donde hasta la fecha ocurre lo mejor de las fiestas de carnaval.

Diálogo formal en la arquitectura de los años cuarenta. Culiacán, Sin. Foto: Juan Carlos Rojo.

Cabe decir que la armonía de la inserción de la *primera modernidad* en los contextos consolidados de las ciudades, se hace muy evidente sobre todo en Mazatlán. A diferencia de los centros históricos de otras ciudades, en donde la especulación urbana, la destrucción del patrimonio e incorporación de arquitecturas comerciales de baja calidad, han propiciado su deterioro, la ciudad de Mazatlán ha fincado su desarrollo y crecimiento fuera de la parte central. Los grandes hoteles de la zona turística y las múltiples colonias creadas en las últimas décadas, fueron tomando las playas libres en dirección Sábalos y Cerritos y las zonas más hacia adentro de la ciudad. La permanencia de los cuarterios decimonónicos y casonas porfirianas, a pesar de su abandono y deterioro por muchos años, hacen del casco antiguo del puerto un conjunto típico de ciudad tradicional, que aún con la inserción de la modernidad racionalista y *Decó*, sigue siendo equilibrado y homogéneo. Incluso, porque precisamente esa nueva arquitectura, construida entre las décadas treinta y cuarenta, tomó en cuenta el contexto a partir de alturas similares a las existentes, además de la masividad volumétrica y apego al alineamiento existente. De esta manera, los nuevos edificios de departamentos, oficinas, comercios y hoteles del

Juan Segura. Escuela primaria Benito Juárez. Novolato, Sin. 1945-1950. Foto: Alejandro Ochoa.

primer cuadro de Mazatlán construidos en las décadas mencionadas, se integraron sin mayor sobresalto a un conjunto que, felizmente, tiende a revitalizarse.

En cambio la ciudad de Culiacán no corrió con tal suerte, ahora su centro histórico es un puñado de edificios relevantes y fragmentos de zonas urbanas donde aún se distingue algo de su pasado decimonónico y prerracionalista. Incluso por la voraz y cuadrada visión de los comerciantes del centro, el malecón ya mencionado y varios de los edificios construidos por la triada Artigas, Best y Benítez se encuentran muy deteriorados, modificados radicalmente, o sustituidos por una modernidad posterior y reciente de mucho menor calidad a la original. Sin embargo, así como lo poco que se conserva del siglo XIX y principios del XX, Culiacán mantiene ciertos tramos del racionalismo, que integrados al desenfrenado ímpetu del funcionalismo internacional de las décadas cincuenta y sesenta, conforman imágenes y gestos de una ciudad que hasta la última consecuencia, quería ser moderna. Por eso, los antiguos portales decimonónicos que rodeaban la catedral fueron suplantados, casi en su totalidad, por otros funcionalistas.

Conclusiones

Finalmente, diría que esta *primera modernidad* mexicana, en particular la de la capital del país, así como la de las ciudades de Culiacán y Mazatlán, enfrentaron la inevitable transición de una arquitectura tradicional y académica dominante, a una nueva y racionalista, además de la necesidad de construir otra ciudad y arquitectura para su tiempo. Con todo, la actitud de ruptura planteada por los más radicales como Juan O 'Gorman, Álvaro Aburto y Juan Legarreta fue vencida por una dinámica gradual de implantación, en que la mayoría de los arquitectos fueron asimilando la riqueza de las vanguardias artísticas y posibilidades de la tecnología del momento. Las ciudades crecieron con una nueva cara e ímpetus hacía una modernización que ya era irreversible. Incluso, con todo y la irrupción de los rascacielos de Mario Pani y Enrique del Moral en la ciudad de México –sobre el Paseo de la Reforma– o del Hotel Freeman en Mazatlán al pie del Paseo Olas Altas, o el nuevo Casino de Culiacán sobre el Malecón y Av. Obregón, la necesidad de cambio no significó contrastes violentos en las tramas y arquitecturas de las ciudades. Situación que cambiaría en la década de los cincuenta, con proyectos como el Conjunto Habitacional Miguel Alemán del mismo Mario Pani, y donde el criterio del "*zoning*" rompería con la traza urbana tradicional. A su vez, el triunfo del "estilo internacional" marcó, ahora sí, una ruptura de tramas, perfiles y escalas en el conjunto de las ciudades. Iniciando, por consiguiente, otra etapa de la modernidad arquitectónica mexicana.

Notas

[1] François Tomas, doctor en geografía urbana, ex director del Instituto Francés para América Latina (IFAL) es coautor junto con Mario Bonilla y Alejandro Ochoa del libro *París-México: la primera modernidad arquitectónica* publicado recientemente por la UAM-Xochimilco. A su vez, el mismo François Tomas y la UAM-Azcapozalco organizaron el seminario "Primera modernidad urbano-arquitectónica de las ciudades latinoamericanas", llevado a cabo en noviembre de 1992 y en el cual se reunieron diversos ensayos de estudiosos del continente que conformaran un libro de proxima aparición.

Referencias

Anda Alanís, Enrique X de. *La arquitectura de la Revolución Mexicana. Corrientes y estilos de la década de los veintes.* Instituto de Investigaciones Estéticas. UNAM, México, 1990.

Larrosa, Manuel. *Mario Pani arquitecto de su época.* UNAM, México, 1985.

López Rangel, Rafael. *La modernidad arquitectónica mexicana. antecedentes y vanguardias, 1900-1940.* UAM-Azcapozalco, Cuadernos Temporales 15. México, 1989.

Ochoa Vega, Alejandro. "La generación del cambio: pioneros de la arquitectura moderna en Culiacán". *El Suplemento.* Semanario Cultural de la Dirección de Investigación y Fomento de la Cultura Regional. DIFORCUR. núm. 214. Culiacán, Sin. 2 de junio de 1991.

—"Un caso de modernidad arquitectónica regional en el noroeste mexicano: la ciudad de Culiacán". Ponencia presentada en el Congreso Internacional "Aventuras y Desventuras de la Arquitectura Iberoamericana". Salamanca, España. Julio de 1992.

—"Arquitectura moderna de Mazatlán, desarrollo de una alternativa". Ensayo inédito, enero de 1993.

Pineda, Antonio. *El vago del malecón.* Edición del autor, Culiacán, Sin. 1988.

Entrevistas

Arquitecto Eduardo de la Vega (IV-1991), Francisco Artigas (V-1991) Hortensia y Alicia Freeman (IV-1991) y familia Haza (VI-1991).

* Profesor investigador del Departamento de Métodos y Sistemas